

Z Apuntes Filosóficos del Doctor Pleus XII

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

Z Apuntes Filosóficos del Doctor Pleus XII (por Daniel Bernardo Grimberg)

El alma surgió en un especial tipo de materia a partir de la nefasta lucha entre las fuerzas de conservación y la invasora, y guarda la cualidad de ser una fuerza, pero además entra en las limitaciones eficientes de la materia. Esta es la estructura en que desarrolla su accionar, y le da el carácter de fuerza impura (marcada por una espacialidad y temporalidad ajena).

Su surgimiento fue durante la física de esa lucha, y a partir de su posterior intervención en el hombre se fundaron las cosmogonías, teologías, y los vitales proyectos científicos, pese a que éste siempre ignoró a su propia organización infalible. El hombre se atribuyó ser un espejo sensible del mundo y consideró a su alma como apenas una intuición formal. Pero fue esta la que en el comienzo de la vida adquirió el acervo de conocimientos disponible en el mundo exterior, para convertir al sujeto en que se ensambló en una criatura capaz de pervivir supeditándose a realidades externas. El alma creó y respondió los interrogantes que atañeron a la consumición de las fuerzas de conservación y la materia por parte de la fuerza de destrucción.

El hombre no basa su carácter en las demás fuerzas que lo habitan, sino que es su alma que como un riguroso filósofo observa todo desde un asombro lejano. Es el principio que relaciona a su centro material con el mundo, tiene un carácter individual y está fundada en un interés propio. El alma no tiene contacto con los caracteres físicos- químicos del cuerpo, hace su recorrido especulativo por sobre las demás fuerzas que lo cohabitan, y se atribuye largos e instigados razonamientos. Su realización plena está relacionada con el feliz desempeño de su cuerpo y la adecuada integración en el mundo. El alma (esencia del hombre) aprendió a articular el pensamiento- lenguaje como herramienta que después de un juego inicial de introspección y comprobación sensitiva, fue capaz de constituir la realidad en base a sus intereses (no toda sino aquella simple que estaba a su alcance).

En el hombre hay incontables fuerzas que en su mayoría tienden a sostener la de conservación, y que aseguraron el devenir del sujeto a través de sus funciones. Por otra parte, las fuerzas puras (de la naturaleza) no forman parte de lo sensible, pero lo dominan. Es un principio que no entran en el juego de las magnitudes espaciales a pesar

de provocarlas.

En el hombre un ejemplo angustioso de fuerza que deja rezagos perceptivos, es el del hábito de fumar. Esta es una fuerza que se mueve en el mundo empírico y tiene un carácter diferenciado. Al fumar el hombre se está infundiendo una fuerza de tintes invasivos, cuya disciplina llama a entes biológicos a instalarse en ese organismo. Una fuerza debe asumirse como una proyección externa a lo material que no obstante lo modifica. Se observa la dualidad entre fuerza y entes biológicos, a cuyos impulsos ciegos de la primera se atraen los segundos. Las fuerzas bombean sus pulsaciones a la materia, y son la causa y fundamento de los cambios materiales. La voluntad de fumar del hombre crea primariamente una fuerza impura cuya correlatividad desemboca en entes biológicos que se instalan y producen enfermedades. Antes de la inhalación de las sustancias tóxicas está la fuerza que las convoca, y que una vez dentro del cuerpo ya es una fuerza impura en sí misma, independiente de la voluntad del hombre que había sido su marco referencial.

Tanto las vidas que consideramos dignas, como las indignas, es el quehacer de fuerzas que la preceden y de la cual es independiente. La fuerza destructiva creó la contradicción en la materia que originó la vida, y también potencializó otros tipos de vida que son remisos y parasitarios de la anterior. ¿Cómo se justificaría la devoción del hombre al vicio de fumar, si no se tratara de una fuerza, que le brinda una magia placentera y una identidad sacrílega? Esa fuerza es la adicción que se sugiere como un inescapable hábito, la naturalización de algo que no estaba originalmente inscripto en la sangre. La fuerza surge como un fenómeno propio que ignora principios o condiciones anteriores, y participan en forma lógica y necesaria en cualquier evolución en el espacio-tiempo.

Desde una perspectiva clásica observamos al alma cumpliendo un papel educador que nos permitiría adentrarnos en las características de las fuerzas. ¿Si somos fuerza, por qué no sólo no nos identificamos con las otras fuerzas, sino que además nos resulta algo ajeno a lo racional y difícil de comprender? Estas son aquellas proposiciones universales que formaron al sistema del mundo y lo sobrevivirán. Lo que nos ocurre es que las técnicas introductorias de las fuerzas son inversas a las de la materia; nuestros sentidos no la perciben por lo que le niegan valor.

Por un lado, tenemos la instituida categorización materia-vida, la primera parte de esta ecuación, la materia, es una conjunción de dos viejas fuerzas: la materia propiamente dicha, o la estratificación de una fuerza, y la otra que es la fuerza de conservación. Fue atribución de la materia el crear al espacio-tiempo para que sus entes fueran comparables en el mismo plano y sus funciones puedan cumplirse dentro de una normalidad; también los campos visibles como mecanismos que no son infinitos, y están pulseados por extrínsecas fuerzas. El espacio- tiempo es el orden del universo basado en principios objetivos al que cada entidad no tiene

más opción que someterse. La materia crea al mundo visible, y como su emanación lógica al espacio- tiempo, que es la ley consecuente al orden y subordinación con el todo que cada particular materia debe tener. A diferencia de las fuerzas, las materias son interdependientes.

Observamos que las fuerzas no admiten la finitud. Se sitúan al margen del tiempo que no les reporta ninguna utilidad, y en el alborozo absoluto, sin jamás tomarse el trabajo de interpretar la realidad material. Actúan en esferas diferentes, pero la de lo material es siempre influenciada por la de las fuerzas y no ocurre lo contrario. Las fuerzas no disminuyen sus potestades de acuerdo a los límites espacio-tiempo que sí admite la materia-vida. Tienen subsistencia frente a cualquier contingencia y no hay nada capaz de sancionarlas o pretenda hacerlas desaparecer. Pueden aparecer en cualquier lado del cosmos y violar todas las categorías del tiempo. Si el alma (fuerza impura) fuera más fuerte que la estructura material a la que se ciñe, podría hacer un traslado junto con el cuerpo a otra época o lugar con sólo pensarlo, por cierto, que en el estado actual el cuerpo no sobreviviría a esos horizontes móviles. Porque el alma (como también la han llamado las religiones y los poetas) si bien surgió con la magistral condición de una fuerza impura, a lo último no contemplara como índice de su existencia a la severa cronología ni al aprisionamiento espacial. Esto está volcado en la teoría de las fuerzas que no se comportan de acuerdo a lo que dicta la materia, y que en su propia naturaleza reside todo lo general y particular.

El alma no es dueña y señora del movimiento propio de las fuerzas puras, ya que está enclavada en una materialidad cuya dinámica es la de vida-muerte-vida. Como una fuerte invocación de la vida, se unió al destino de un conjunto heterogéneo de fuerzas que auspiciaron, pese a los desgarros e inevitables sufrimientos, a un nuevo tipo de realidad.

En las diferentes etapas de su vida el hombre se va transformando, pero no así su alma; si en su introspección la persona se contempla, se verá como la misma siempre (con otras circunstancias), incluso cuando se ubica frente a las representaciones fortuitas de los sueños. Existe una identidad única que toda conciencia reflexiva señala una y otra vez. El alma es inherente a sí misma, y únicamente acompaña la evolución del cuerpo en sus diferentes etapas y contextos, en ésta no hay contradicciones internas como no las hay en ninguna fuerza.

La impresión y carácter del alma está inscrita en toda conciencia, aunque el rostro y el cuerpo ya no sean los mismos, uno siempre se delata como el mismo que había sido en el pasado. No se es por poseer todas las partes de su cuerpo, o que sus fuerzas cumplan bien con sus funciones, o por no tener contacto con los miles de imperfecciones que en verdad le subyacen, sino porque todas las evaluaciones que uno hace de sí mismo se corresponden a un solo e indestructible elemento. La estructura de su "yo" es siempre igual, aunque el cuerpo desde el principio está sometido a

los asimétricos furores de fuerzas de destrucción, que se disparan más violentamente cuando la rueda del tiempo avanza más, cuestión que ninguna inteligencia puede detener. Cada persona es la única que puede estar en su cuerpo con la inculcación de sus diferentes fuerzas, y obtiene la aflicción o el beneficio de ver la degradación de su materia o su construcción si es aún joven. Más allá de sus elecciones es testigo de lo que a la vez pasa en su cuerpo y en el mundo. La percepción de esos cambios puede ser conducida por una misma persona, o del mismo modo por cualquier otro observador. El hombre está dentro de un corto grupo de animales que puede fijar sus propias acciones como medios para discernir al otro de su misma especie.

Toda materia sufre el despojo de su existencia a través del surgimiento de fuerzas invasivas, de las que es lícito preguntarse si al entrar con ese fundamento a la realidad, pierden su cualidad de fuerza, es decir, carecer de un asentamiento, repudiar la estructura tiempo- espacio. Este es un punto importante a entender: las fuerzas destructivas puras no residen en la materia (si lo hacen los microorganismos negativos que confluyen frente a la ocasión, desechando cualquier anterior neutralidad). Las fuerzas experimentan alegrías únicamente en su dimensión, no se inmiscuyen en los secretos laberintos de la materia-vida; golpean la realidad, pero no la comprenden ni les interesaría hacerlo. Nunca admitirían salirse de sí mismas. Su talento de destruir fue hecho para resaltar sus existencias; no tienen esa predisposición especial, pero si el bienestar de manifestarse, actuando en forma habitual o azarosa.

Lo que sabemos es que la formación de la materia impulsó el progreso del espacio-tiempo, cosa que a las fuerzas en su estado puro no les pareció un auténtico fin. O sea, se evidenció una contradicción entre las fuerzas que rondan en libertad, y aquello que está limitado y es objeto de la percepción sensible.

El tiempo nunca podría imponer su tratamiento específico a las fuerzas; no las puede alterar con su disciplina ni con sus manipulaciones; es más: son las fuerzas las que lo tratan como un absurdo salvable y rompen con éste.

Resumiendo: el alma se caracteriza por estar unida a la materia (fuerza antigua y condensada), en su carácter de fuerza impura, por lo que cumple las funciones regulativas del espacio-tiempo, pero no tiene edad y sí la capacidad de rondar por cualquier sitio del organismo. Tampoco es un principio metafísico, sino una fuerza vital que convalida a la fuerza de conservación (impura) frente a la de destrucción (pura). Y como fuerza es una unidad indivisible.

Fin (3-5-2019)

